

LA TRANSICIÓN DEL ORDEN MUNDIAL: ENERGÍA, GUERRA Y RUPTURA SISTÉMICA

El control de rutas críticas y la desarticulación del sistema petrolero tradicional marcan el retorno de la energía como eje de poder. La volatilidad deja de ser coyuntural para convertirse en condición estructural del sistema.

Por Salvador G. Briceño

Serie: Claves geopolíticas del día

[Centro de Geopolítica y Multipolaridad]



El sistema internacional ha entrado en una fase de transformación acelerada que ya no puede explicarse como una suma de crisis aisladas, sino como una **reconfiguración estructural del orden global** en la que convergen, de manera simultánea, variables energéticas, militares y financieras.

Lo que está en juego no es únicamente el equilibrio entre potencias, sino la propia lógica de funcionamiento del sistema. El orden surgido tras la Guerra Fría ha perdido coherencia operativa: las instituciones multilaterales muestran signos evidentes de

agotamiento, las alianzas se vuelven cada vez más frágiles y las economías operan bajo presión constante de shocks externos.

En este contexto, la globalización deja de ser un marco estable de integración para transformarse en un terreno de disputa, donde los Estados buscan asegurar cadenas críticas —energía, tecnología, alimentos y moneda— en un entorno crecientemente incierto. La previsibilidad, que durante décadas fue uno de los pilares del sistema, se desvanece.

Energía y ruptura del sistema global

El conflicto en torno a Irán reconfigura el tablero internacional al devolver a la energía su papel central como instrumento de poder.

El Estrecho de Ormuz, por donde transita una proporción crítica del petróleo mundial, se convierte nuevamente en un punto de presión estratégica capaz de alterar el equilibrio global en cuestión de días.

El encarecimiento del crudo no debe leerse únicamente como un fenómeno económico, sino como una herramienta deliberada de negociación geopolítica, especialmente frente a Estados Unidos, que se ve obligado a calibrar su respuesta en múltiples niveles.

Esta presión energética se conecta directamente con la fractura del sistema petrolero tradicional, evidenciada en la crisis de la OPEP, cuya capacidad de coordinación se debilita ante la divergencia de intereses nacionales, nuevas alianzas energéticas y la creciente influencia de actores externos.

Lo que durante décadas funcionó como un mecanismo de estabilización hoy se diluye, dando paso a un mercado más volátil, fragmentado y profundamente politizado, donde el control del precio del petróleo deja de responder a una lógica centralizada y se dispersa entre múltiples centros de decisión.

Esta dinámica no solo intensifica la incertidumbre global, sino que también revaloriza el control territorial sobre rutas críticas y consolida la energía como un vector directo de poder estratégico.

Poder, finanzas y transición sistémica

En paralelo, el involucramiento prolongado de Estados Unidos en distintos frentes comienza a evidenciar límites operativos que durante décadas parecían lejanos: saturación de recursos, dificultad para sostener múltiples teatros simultáneos y una erosión progresiva de su legitimidad internacional.

Este desgaste no implica un colapso inmediato, pero sí marca una transición hacia un escenario donde su capacidad de actuar como garante único del orden global se ve condicionada.

Mientras tanto, China avanza en un frente menos visible pero decisivo, impulsando el uso del yuan en el comercio energético y promoviendo una estrategia gradual de desdolarización que apunta a reducir la dependencia del sistema financiero dominado por el dólar.

Este proceso, aunque progresivo, tiene implicaciones profundas: reconfigura el equilibrio monetario global, amplía el margen de maniobra de economías emergentes y acelera la transición hacia un orden multipolar también en el plano financiero.

En este marco, los efectos ya se hacen visibles en regiones como Colombia y el conjunto de América Latina, donde la inflación persistente deja de responder exclusivamente a factores internos para convertirse en una **inflación importada**, impulsada por el encarecimiento energético, la volatilidad global y la presión sobre los tipos de cambio. Esto obliga a los gobiernos a operar en condiciones restrictivas en economías que aún requieren crecimiento, trasladando la geopolítica al terreno cotidiano.

La convergencia de todos estos elementos confirma que no estamos ante una crisis pasajera, sino ante la consolidación de un nuevo paradigma internacional: más fragmentado, más competitivo y estructuralmente menos predecible, donde la multipolaridad deja de ser una hipótesis para convertirse en la realidad operativa del sistema.

La multipolaridad deja de ser hipótesis para convertirse en la condición operativa del sistema internacional contemporáneo.

Fuentes: *El País, Cinco Días, Cadena SER, Reuters, Instituto de Investigaciones Económicas UNAM.*